
MIRAI: EL PASADO QUE NOS DEFINE

Laura Montero Plata
Investigadora independiente

Si una cosa está clara, es que Mamoru Hosoda hace sus películas con el corazón. Lo mismo que podía decirse de Miyazaki hace menos de diez años es lo que define el impacto conmovedor que causa en los espectadores la filmografía de este personal autor, cofundador del Studio Chizu en 2011, y que en su momento declinó trabajar para el Studio Ghibli cuando se le propuso dirigir el proyecto de *El castillo ambulante* (*Hauru no Ugoku Shiro*, Hayao Miyazaki, 2004). Laura Montero Plata —autora de las monografías *El mundo invisible de Hayao Miyazaki* (Dolmen, 2012) y *La princesa Mononoke* (Héroes de Papel, 2017), de la Biblioteca Studio Ghibli— reseña para *Con A de animación* la más reciente película de Mamoru Hosoda: *Mirai, mi hermana pequeña* (*Mirai no Mirai*, 2018), que ha formado parte de la selección oficial de Festival de Annecy (Francia), Cannes (Quincena de los Realizadores), está actualmente nominada a dos premios Annie y ha hecho historia siendo la primera película de animación japonesa nominada a los Globos de Oro.

If something is undeniable, it is that Mamoru Hosoda makes his films with the heart. The same thing that could be said of Miyazaki less than ten years ago is what defines the moving impact that the filmography of this personal author causes on the audience; co-founder of Studio Chizu, Hosoda once dodged belonging to Studio Ghibli when he was proposed directing the project *Howl's Moving Castle* (*Hauru no Ugoku Shiro*, Hayao Miyazaki, 2004). Laura Montero Plata — writer of *El mundo invisible de Hayao Miyazaki* ([*The Invisible World of Hayao Miyazaki*], Dolmen, 2012) and *La princesa Mononoke* ([*Princess Mononoke*], Héroes de Papel, 2017), from the Library Studio Ghibli — reviews for *Con A de animación* the most recent film by Mamoru Hosoda: *Mirai* (*Mirai no Mirai*, 2018), who has been part of the official selection of Festival de Annecy (France), Cannes (Directors' Fortnight), is currently nominated for two Annie awards, and has made history as the first Japanese animated feature nominated to the Golden Globes.

Palabras clave: Mamoru Hosoda, *Mirai*, padre, fantástico.

DOI:



El séptimo largometraje de Mamoru Hosoda, *Mirai, mi hermana pequeña* (*Mirai no Mirai*, 2018), incluye en su título un juego de palabras intraducible. A partir de este guiño, el cineasta japonés narra la historia de Kun, un niño de cuatro años que ve cómo su pequeño mundo se transforma de la noche a la mañana con el nacimiento de su hermana Mirai. Tanto la torpeza de sus padres para gestionar la situación, como su egoísmo infantil y sus rabietas contribuirán a que el pequeño se convierta en una pesadilla para sus progenitores, hasta que un día se ve transportado a una dimensión fantástica en donde se encontrará con toda una serie de personajes de su tiempo presente, futuro y pasado. Si la traducción española, *Mirai, mi hermana pequeña*, hace un esfuerzo por subrayar la importancia de la llegada de la hermanita del protagonista a su familia, deja de lado las múltiples referencias que ofrece el original japonés, puesto que *Mirai no Mirai* (ミライの未来) encierra un significado literal y otro metafórico. El mensaje textual está contenido en el

uso doble de “mirai”, que en japonés significa “futuro”; el primero —escrito en katakana— hace alusión al nombre de la niña mientras que el segundo —escrito con ideogramas— hace alusión a su acepción común “futuro”. El juego dialéctico de la película se revela así desde su título, ya que una Mirai adolescente visitará en el pasado a su hermano mayor para ayudarlo a aceptar su nueva situación familiar. Sin embargo, el título contiene también una paradoja porque todo el discurso narrativo de Mamoru Hosoda incidirá en la importancia del pasado para cimentar el futuro generación tras generación. Mirai, mi hermana pequeña se construye de esta manera como una historia circular, en la que los momentos, los sentimientos y las acciones se repiten en distintos puntos temporales y con distintos protagonistas, y ayudan a hilvanar el tejido genealógico de la familia del pequeño y, por ende, de la especie humana. Lo particular se convierte en universal en un relato sobre el ciclo de la existencia y su impacto individual sobre nosotros.

Un mundo lleno de cambios

La trayectoria cinematográfica de Mamoru Hosoda se ha pergeñado a través de sus experiencias vitales. *Summer Wars* (Samâ uôzu, 2009) surgió de los momentos de inseguridad y de incertidumbre previos a la boda con su mujer. *Wolf Children* (Ookami kodomo no Ame to Yuki, 2012) fue una carta póstuma a su difunta madre, mientras que *El niño y la bestia* (*Bakemono no ko*, 2015) nació de su inexperiencia como padre novel, de sus cavilaciones sobre qué conlleva ser un buen padre. Con *Mirai, mi hermana pequeña* se extiende la narrativa de sus dos films anteriores para explorar las implicaciones del nacimiento de un segundo hijo y las repercusiones que este tiene sobre el primogénito. Inspirado en su hijo mayor, que tuvo que lidiar con el síndrome de príncipe destronado, Hosoda se sirve de esta experiencia vital para trazar una mapa sobre las relaciones familiares y cómo estas afectan nuestro crecimiento, ya sea de forma directa —a partir de nuestro vínculo con miembros cercanos de la familia— o indirecta —a través de las historias que nuestros allegados nos transmiten sobre nuestros ancestros—. El director japonés ha comentado en más de una ocasión que su motivación principal como artista radica en representar cómo cambia la gente y qué aporta ese cambio al individuo que lo experimenta y a su entorno. Esta premisa ha sido el núcleo que ha configurado cada una de sus historias hasta la fecha, pero con su más reciente creación Hosoda añade un nuevo matiz: las experiencias que vivimos ya las han experimentado nuestros antepasados, aunque el enclave y la línea temporal hayan variado. La vida se convierte en un ciclo en que las acciones se van repitiendo pero también van sumando y aportando otras nuevas hasta conformar el entramado familiar. Esto es lo que descubrirá el pequeño Kun a través de los distintos saltos hacia lo fantástico que realice con los diferentes miembros de su familia. La imaginación encerrada en lo cotidiano

La aparición de lo mágico en la película viene desencadenada por una rabieta de su protagonista y ocurrirá siempre en el jardín donde se encuentra el roble que hace de eje del hogar familiar y de las distintas generaciones que allí conviven. Sin embargo, desde un punto de vista narrativo, el paso de lo cotidiano a lo maravilloso resulta forzado, sin un desencadenante claro, lo que impide la fluidez necesaria para aceptar con naturalidad el paso de un universo al otro. El cineasta deja pistas sutiles sobre qué ha podido producir esta alteración, y un segundo visionado permite ver cómo objetos concretos del mundo circundante de Kun se convierten en un poderoso vehículo para desencadenar el encuentro con lo fantástico. Por poner tan solo un ejemplo, el juego de la abeja entablado entre una Mirai adolescente y el pequeño Kun está vinculado a un peluche con la forma de este insecto que tiene la Mirai bebé. Como consecuencia de este hecho, podemos inferir que cada salto fantástico es fruto de la poderosa imaginación de Kun y de su inestabilidad emocional, dado que cada uno de ellos se vincula a una rabieta, por más que en el visionado se pierdan estos detalles debido a una cierta debilidad en la escritura y la ejecución narrativa.

Esto no implica que la película tenga momentos de gran belleza y profunda reflexión. La película se puede leer como una continuación lógica de *El niño y la bestia*, en el sentido de que Hosoda se sigue interrogando sobre su papel como padre y sobre la multitud de errores y de vacilaciones que se tienen cuando se ejerce este rol. Se trata quizá de su película más sincera puesto que todos sus personajes son profundamente imperfectos —en especial Kun, un pequeño que se presenta como un niño profundamente egoísta, caprichoso e intratable—. Con todo, precisamente por esta vertiente humanista en la que el director presenta sus personajes, con todas las imperfecciones que habitan en nosotros, la cinta tiene un vínculo más estrecho con *Wolf Children*,



tanto por su mirada contemplativa como por su tono más pausado.

A pesar de que la película se resienta por la partida de la colaboradora habitual de Hosoda en el guion, Satoko Okudera —algo de lo que ya adolecía su film precedente—, *Mirai, mi hermana pequeña* posee una gran belleza plástica, destacable tanto por la animación de los infantes como por la impecable dirección de animación a manos del matrimonio compuesto por Hiroyuki Aoyama y Ayako Hata. Una mención aparte merece la secuencia de la estación de Tokio, realizada con animación de recortes (“cut out”) digital. No solo por el fascinante diseño del oficinista sino por su ahondamiento en cómo funciona la psique infantil y cómo esta se va transformando con el transcurso del tiempo y de las experiencias acumuladas. Analizando lo peculiar para hablar de lo universal, Mamoru Hosoda nos ofrece una historia sobre la frustración, la dificultad y la belleza de crecer.



© Del texto: Laura Montero Plata.

©De las imágenes: GKids, Studio Chizo, Charades.



Biografía

Doctora en Historia del Cine por la Universidad Autónoma de Madrid y licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad San Pablo-CEU. Forma parte de la redacción de la revista de crítica cinematográfica *Fila Siete*. Ha publicado en revistas como *Secuencias*, *Cahiers du Cinéma España*, *Caimán Cuadernos de Cine*, *24 Monthly* o *Con A de animación*; es colaboradora del Festival Cines del Sur. Es programadora y co-organizadora de la Semana de Cine Actual de la EOI de Madrid desde 2010. Sus líneas de investigación giran en torno al anime y al cine japonés contemporáneo. Es autora de los libros *El mundo invisible de Hayao Miyazaki* (Dolmen, 2012) y *BSG: La princesa Mononoke* (Héroes de Papel, 2017).

E-mail

lmonteroplata@gmail.com